

FANTASÍA BASCONGADA.



LA CANCION DE LA VIEJA HILANDERA HILANDO SU MORTAJA.

Cuando el viento de Octubre im-
 arranca del árbol [petuoso,
 las últimas hojas,
 que amarillas, dobladas y secas,
 se arrastran crugiendo, [can;
 ó se arremolinan y se alzan y cho-
 Cuando el cielo más triste del año
 reúne sus nubes,
 cuajando sus sombras,
 y en un fondo sin luz ni alegría,
 se ven pasar, rápidos,
 nubarrones de trágicas formas;
 Cuando en el alma se siente el can-
 tras la ansia infinita [sancio
 de eterno deseo que nunca selogra
 y nos rinde esa angustia suprema
 sin causa, sin nombre,
 que abruma, que ahoga:
 entónces, de la apartada
 casería, en el hogar,
 feliz quien halla refugio,
 y halla olvido y halla paz!

La llama que insegura
 retuércese y se agita,
 á los sombríos muros
 su resplandor envía;
 tenaces las tinieblas
 contra la luz se apiñan
 defendiendo el dominio
 de su guarida.

Mas, flaqueando á veces
 en su enconada lucha,
 fantásticos contornos
 en la pared dibujan,
 espectros que, extendiendo
 sus formas inseguras,
 al que los mira, fingen
 imágenes sañudas
 de sus terrores íntimos
 ó sus pasadas culpas;
 gigantes, para el niño,
 que fieros gesticulan,
 preságios, para el hombre,
 de prontas desventuras,
 ó cuerpos de sus penas,

ó nieblas de sus dudas,
al criminal, su víctima
que con constancia ruda
apénas ha caído
levántase y le acusa,
y solo, la doncella
que desveló el amor,
puede mirar sin miedo
al muro acusador.

Los duros instrumentos
del áspero trabajo
que el labrador maneja
con su callosa mano,
aquí y allá descansan
diseminados.

De la fatiga diaria
dóciles compañeros
abren la dura tierra
con sus punzantes hierros;
pero en el alma,
ahondan las penas,
más que todos ellos
ahondan en la tierra.

Descansad tranquilos;
al gérmen hicisteis
el lecho nativo,
pronto será tallo,
pronto será espiga;
¡de una gota nace
la ola de la vida!

En el rincon más oscuro,
preparadas para el fuego,
un monton de ramas secas
extienden sus brazos hiertos.

De nuestras muertas venturas,
semejan á los recuerdos,

que hojas ni flores no tienen
y hojas y flores tuvieron.

Ramas secas
¿dónde estan las galas
de la primavera?

De canoros pájaros
fuisteis el albergue,
los pájaros vuelan,
su cancion se pierde.

Cariñosos céfiros
os acariciaban;
los pájaros vuelan,
los céfiros pasan,
y cuando las flores,
la helada destroza,
y el viento se lleva
las últimas hojas,
se quedan los troncos
desnudos y escuetos,
¡lo mismo que en el alma
quedan los recuerdos!

Ramas secas,
no veréis ya nunca
la nativa selva,
que tras tantas glorias,
y tantas fatigas,
pasto de las llamas
caeréis en ceniza;
¡que así se deshace
la ola de la vida!

En su cuna el niño
de rubia cabeza,
rindiéndose al sueño
los ojillos cierra,
y junto á la cuna
hila su mortaja
la ciega hilandera.

Ni una leve arruga
la frente sombrea
del niño que al sueño
los ojillos cierra,
y en la de la anciana,
se cruzan los surcos
que hicieron las penas.

Para el niño
en este mundo,
se abre un extenso camino,
y mientras tanto,
la anciana,
hila su mortaja.

Para el niño,
en este mundo
todo es aún desconocido,
y la anciana,
mientras tanto,
hila su mortaja.

Para el niño,
en este mundo,
no sonó el primer gemido,
y será para la anciana
el último el de mañana.

Entre estas dos playas
cruza fugitiva
la ola de la vida.

Mas hilando su mortaja
con mano trémula,
para adormecer al niño
canta la vieja hilandera;
«Junto á tu cuna,
niño del alma,

hilando, hilando,
voy mi mortaja.
Mira qué pronto
la vida pasa:
los unos, vienen;
los otros, marchan;
tú, ayer llegaste;
yo, voy mañana;
tú, traes sonrisas;
yo, llevo lágrimas.
Las noches son frías,
las noches son largas,
y son silenciosas,
y son solitarias;
la muerte es más fría,
la muerte es más larga,
y es más silenciosa,
y es más solitaria.
Duerme, niño mío,
que rápidas vienen
para tí, la noche;
alma de mi alma:
para mí, la muerte.»

«Duerme, no prestes oído
al débil rumor que suena
cuando el huso velozmente
gira sobre tu cabeza.
¡Ay! no le impulsa mi mano
en su rápida carrera;
es mi vida que está dando
con él sus últimas vueltas.»

«Duerme, el viento de la noche
á los árboles se lanza,
les desnuda de sus hojas
y se las lleva en sus alas;

pero el viento de la muerte
al de la noche aventaja,
porque tronchando los cuerpos
se va llevando las almas.

Duerme, que infeliz del pájaro
que cuando la noche llega,
envuelto en su sombra oscura,
léjos del nido aletea.
Así, nuestro pensamiento
cuando la muerte se acerca,
trémulo ve que en su torno
se endurecen las tinieblas.

Duerme, porque á mí tambien
el sueño me rinde ya;

pero tú cierras los ojos,
y á mí me los cerrarán,
tú á la luz del nuevo día
los párpados abrirás,
y yo no volveré á abrirlos
mas.»

Cesó el canto,
dejó de girar el huso,
la lumbré se fué apagando,
reinó la sombra por último.
Después, como adios postrero,
sonó un doliente gemido ...
y se oyó lenta y tranquila
la respiración del niño.

JOSÉ DE ROURE.

Nota à la fantasía bascongada.

Era costumbre muy extendida antiguamente en el país bascongado que las mujeres, desde el día que se casaban, empezasen á trabajar en su mortaja. (Véase la página 26, capítulo II de la preciosa novela *El Baso-Jaun de Etumeta*, escrita por D. Juan V. de Araquistain).

En los altos y apartados caseríos de Guipúzcoa todavía se conserva esa costumbre, y no es raro hallar en ellos, en las desapacibles tardes de invierno, alguna decrepita anciana sentada junto á la lumbré é hilando con febril impaciencia su última madeja.

Este es el tema de la fantasía. Respecto á su extraña forma, advertiré que no obedece á un vivo deseo de originalidad, sino sencillamente á la circunstancia de que al escribirlo, tenía delante de mis ojos el mismo cuadro que iba pintando,

(N. del A.)

